

GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA DE MÉXICO.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

Del Sr. Dr. D. Juan María Rodríguez por el Dr. Luis Troconis Alcalá.

(CONTINÚA).



ACIÓ Don Juan María Rodríguez y Arangoiti en esta ciudad de México el 27 de Enero de 1828, precisamente en los días que tras sangrienta y encarnizada lucha se trataba de constituir á la nueva Nación Mexicana sobre bases y principios sociales enteramente desconocidos para ella, y á favor de los cuales se procuraba asegurar su establecimiento y firmeza definitivos.

Fueron sus padres el Sr. Don Mariano Rodríguez y la Sra. Doña Francisca Arangoiti, ambos notables por sus virtudes y demás bellas prendas, reveladas sobre todo en el empeño que pusieron para lograr convertir á sus hijos en hombres de provecho.

Testimonio elocuente de esta verdad lo está proporcionando á toda hora cualquier rasgo de la existencia del nunca bien sentido Don Ramón Rodríguez Arangoiti, hermano mayor del que motiva estos apuntamientos. Distinguido arquitecto y dibujante notable, ha dejado por donde quiera, entre nosotros, huellas imperecederas de su originalidad y su buen gusto. La capital del Estado de México y esta Metrópoli ostentan por varias partes las muestras de su genio con el sello original y bello de sus creaciones. Permitaseme la digresión; pero es imposible dejar de recordar aquí el hecho altamente honroso para este distinguido ciudadano de ha-

ber expuesto su vida en la heroica defensa de Chapultepec cuando la invasión norteamericana. La patria agradecida ha recogido su nombre para inscribirlo con los indelebles caracteres de la inmortalidad en el momento que conmemora esa epopeya imperecedera.....!

No podía ser de otro modo: el acendrado patriotismo del padre, combatiendo por la integridad é independencia de la patria en la guerra de Texas y en la del año de 1847, tenía que producir tan buenos frutos. Estos arranques de un corazón abnegado, noble y generoso, no pasaron inadvertidos para el hijo, que á ejemplo de su padre, se distinguió como buen mexicano en la defensa nacional. ¹

El lector me perdonará este corto paréntesis en obsequio á la buena memoria de tan virtuosa familia, porque los acontecimientos son lógicos en su curso natural y forzoso, y antecedentes tan meritorios necesitaban recordarse al mencionar el origen de Don Juan María Rodríguez Arangoiti.

Vuelvo á reanudar mi relato, diciendo que éste pasó los primeros años de su vida á la sombra de tan honrado hogar, nutriéndose constantemente con la ejemplar enseñanza que le proporcionara la comunión de sanos principios morales y de cariñosos afectos que hicieron de aquellos padres una pareja modelo de virtud.

Hizo sus primeros estudios en dos de los más afamados establecimientos de educación primaria, que había en aquellos tiempos: al principio, en la escuela de Don Manuel Calderón y Somohano, y después, en la de Don Vicente Anastasio Estéban, cuyas aulas abandonó terminada su educación elemental, para entrar en el Colegio de San Gregorio. En este famosísimo plantel, cuna de tantos mexicanos distinguidos, que estaba dirigido á la sazón por el Lic. Don Juan Rodríguez Puebla, de grata memoria para los amantes de la instrucción, fué donde vino á cursar, siguiendo la costumbre de aquel tiempo, dos años de latinidad y algunas otras materias accesorias, como dibujo y música. El año de 1844 ingresó al Seminario Conciliar de esta ciudad á estudiar, como en efecto lo hizo, sus cursos de filosofía, bajo la dirección del entendido cuanto hábil profesor Don Joaquín Ormaechea y Ezuaiz.

Tanto en la Escuela primaria como en el Colegio de San Gregorio y en el Seminario Conciliar, mereció el Sr. Rodríguez las primeras califica-

¹ El ingeniero Don Emilio Rodríguez Arangoiti, hermano menor de Don Juan María, se señaló también por sus virtudes patrióticas, dirigiendo y construyendo las fortificaciones levantadas en los cerros de Guadalupe y Loreto, de la ciudad de Puebla, para la memorable jornada del 5 de Mayo de 1862.

ciones y sustentó actos públicos notables. Concluido el estudio de la filosofía á fines del año de 1848, fué graduado de Bachiller en Artes, como se acostumbraba en aquel entonces, verificándose este acto literario en la Nacional y Pontificia Universidad de México.

En 1849 Don Juan María Rodríguez se inscribió en la Escuela Nacional de Medicina, donde sin interrupción, y mereciendo siempre las mejores calificaciones, siguió los cursos de asignatura desde los preparatorios hasta los profesionales. Era la edad de oro de nuestra Escuela Médica, y teniendo por maestros á los príncipes de la ciencia, Erazo, Jiménez, Pascua, Muñóz, Vértiz, Ortega, Lucio, Río de la Loza y otros más, que figuran como astros de primera magnitud en el espléndido firmamento de la medicina nacional, la juventud, ávida de saber, concurría afanosa á las cátedras de aquel plantel. El curso que comenzó el referido año fué sumamente distinguido: estaba formado por una pléyade de alumnos que á su empeño y extraordinaria perseverancia en las faenas escolares, reunía las aptitudes más brillantes. Los resultados fueron magníficos, y casi todos los jóvenes de esa época han venido á ser miembros utilísimos de la sociedad mexicana, que se sintió orgullosa de contarlos en su seno.

Oigamos cómo se expresa de aquella falange entusiasta, uno de tantos alumnos, que ha llegado á hacer después un papel importantísimo en la política.

“Al inscribirme en la Escuela Médica, dice,¹ oí que iba á tener por condiscípulos á muchos jóvenes notabilísimos por su saber y por su consagración al estudio, y que más tarde habían de alcanzar renombre como profesores: allí se encontraban Manuel Carmona, el sabio catedrático que ha realizado el prodigioso invento de la vacuna del vómito; Manuel J. Domínguez, que ha enriquecido con varias monografías la ciencia nacional; *Juan María Rodríguez, el profundo químico y hábil partero*; J. G. Lobato, que supo ser un buen patriota y un infatigable explorador de las ciencias, y otros muchos, que después de una brillantísima carrera, marcharon á los lugares de su nacimiento á ejercer cumplida y modestamente su profesión.”

A estos nombres agregaré aquí los de los Sres. Don Lázaro Ortega, Don Agustín Reyes y Don Ignacio Pombo, médicos caballerosos y dignos, á quienes la sociedad mexicana ha distinguido con su aprecio, honrándolos con dispensarles toda su confianza.

“Fué nuestro catedrático de física, continúa el aludido compañero,

1 Dr. Frias y Soto. —Biografía del Sr. Dr. Don Manuel Domínguez.

“el inteligentísimo profesor, Dr. Don Ladislao de la Pascua, quien más tarde abandonando una numerosa y escogida clientela, se ordenó de sacerdote, siendo actualmente canónigo de la Colegiata de Guadalupe. ¹ Tu- vimos á la vez la honra y la fortuna de que fuera nuestro maestro en química el sabio, el honorable Leopoldo Río de la Loza, que tanto hizo por el adelanto de la ciencia en México, que en las cátedras, en las academias, en la administración y la prensa dejó luminosísimos estudios y murió rodeado de gloria y del respetuoso amor de sus contemporáneos. El Sr. Río de la Loza, que era la adoración de sus discípulos, supo inspirarnos tal amor á la ciencia, que deseando saber más de lo que se enseña en la cátedra, sobre todo, queriendo poseer la práctica del laboratorio, fundamos la Sociedad de Químicos Entusiastas, cuyos trabajos presidió y dirigió durante muchos años el mismo Sr. Río de la Loza, y de donde salieron profesores tan ilustres como Carlos Marroquín, Florencio María Cabrera y Juan María Rodríguez, *Catedrático de Química hoy de la Escuela Preparatoria.*”

Rodríguez sirvió gratuitamente por mucho tiempo, en la Escuela Nacional de Medicina, la plaza de preparador de Química, y al lado de su catedrático Don Leopoldo Río de la Loza, á quien más tarde debía sustituir, se familiarizó con esa ciencia tan importante bajo todos puntos de vista. Recibió el título de Profesor en Medicina, Cirugía y Obstetricia, previo examen general muy lucido y aprobación *nemine discrepante*, en los días 23 y 24 de Marzo de 1855. Formaron la Junta examinadora los doctores

¹ El Sr. Don Ladislao de la Pascua murió á una edad avanzada el 15 de Noviembre de 1891. Este egregio maestro entró á la Escuela de Medicina con el carácter de agregado, en Octubre de 1838, al año justo de haber concluido su carrera científica en el mismo plantel. Fué sucesivamente prosecretario y subdirector de la propia Escuela, y desde 1843 hasta 1873, desempeñó con general aplauso la cátedra de Física, primero, en la Escuela de Medicina, y después, en la Escuela N. Preparatoria; de la cual se separó espontáneamente en medio del sentimiento universal de sus profesores y alumnos, con motivo de la ley expedida por el Congreso Nacional, elevando á la categoría de constitucionales las Leyes de Reforma y previniendo que todos los empleados públicos protestaran guardar y hacer guardar aquellas adiciones. Pero es menester hacer constar aquí que este hombre virtuoso se manejó entonces con una prudencia admirable, no incurriendo en la falta de desobediencia, no causando escándalo ni dando mal ejemplo. Impuesto de la obligación en que se hallaba de prestar dicha protesta, se despidió de sus compañeros y discípulos enteramente lo mismo que acostumbraba hacerlo día con día, sin dar lugar á comentario alguno. Así se separó también, en la misma fecha, de la Escuela N. de Medicina, en la cual desempeñó con notable lucidez y acierto la cátedra de Higiene. Fué canónigo penitenciario de la Nacional é Insigne Colegiata de Santa María de Guadalupe, cargo que renunció en los últimos días de su existencia, para retirarse por completo á la vida privada. La gratitud pública está demandando de imperioso modo, que tanto en la Escuela N. de Medicina, como en la Escuela N. Preparatoria, se consagre aun que sea un modesto recuerdo para perpetuar la memoria de este ilustre maestro.

siguientes: Don José Vargas, sinodal presidente; Don José María Vértiz, sinodal segundo; Don Ladislao de la Pascua, sinodal tercero; Don Luis Muñoz, sinodal cuarto, y Don Miguel F. Jiménez, sinodal quinto; actuando como secretario, Don Juan N. Navarro.

Desde entonces, sin abandonar ninguna de las ramas del arte de curar, dedicó particularmente su atención á la Química, á la Obstetricia y á la Ginecología, en las que años después tuvo de sobresalir, señalándose aún más entre los que en aquella época disfrutaban de gran fama en la última especialidad, los Doctores Don Pablo Martínez del Río, Don José Ferrer Espejo y Don Ignacio Torres.

Dos objetos se propuso principalmente alcanzar el Dr. Rodríguez: el primero fué poner en México á la Obstetricia en la categoría que se merecía, sacándola de ese estado de menosprecio y aún asco con que generalmente era vista entonces, hasta entre personas que figuraban en primera línea en el ejercicio de la Medicina y la Cirugía. El segundo fué fundar una Escuela tocológica nacional que reconociese por fundamentos la constitución, conformación, índole, hábitos y costumbres de la mujer mexicana. Aunque era pequeño el teatro en que el Dr. Rodríguez podía emprender estas tareas, el departamento de partos clandestinos fundado en el Hospicio de Pobres por Don Francisco Fagoaga, con fondos de su hermano, el Marqués del Apartado, esto no obstante, procuró utilizarlo á su propósito y prestándose, además, á atender gratis á parturientas pobres, logró al fin coronar sus aspiraciones, dando á conocer á sus contemporáneos el verdadero arte de partear, libre de las corruptelas y preocupaciones de que estaba plagado, á pesar del empeño y los esfuerzos de los profesores arriba citados. Una circunstancia vino á favorecer en grado extraordinario la realización de las ideas del Dr. Rodríguez, y esta circunstancia fué el establecimiento de la Casa de Maternidad.

Ateniéndome á los datos que contiene una relación manuscrita por Don Francisco Villanueva,¹ encargado por la ilustre fundadora del cuidado de dicha casa, puedo decir lo siguiente:

La Casa de Maternidad, situada en el edificio del Hospicio de Pobres, en la misma localidad donde estuvo el departamento de partos clandestinos años atrás, según queda dicho, fué fundada por la infortunada Emperatriz de México, Carlota, y á sus expensas. Se abrió al público el mes de Junio de 1866, y desde entonces comenzó á producir los resultados pro-

¹ Carta dirigida al Dr. Troconis con motivo de una consulta histórica sobre la Casa de Maternidad.

pios de su objeto, especialmente en la clase menesterosa, cubriendo á la vez la honra de las personas en casos desgraciados y la de sus familias. Tuvo á su cargo la dirección del Establecimiento el Profesor Don José Ferrer Espejo, cuya conducta nada dejó que desear. Por los consejos de éste, y ayudado del muy honrado y activo administrador, Don José López, *se abasteció con superabundancia*, así de camas, como de utensilios, de ropas y lo demás. Nada faltaba de lo necesario y todo estaba bien refaccionado.

En los últimos meses del Imperio de Maximiliano, el Sr. Villanueva recibió y entregó á su destino diversos objetos comprados en Europa por la misma señora fundadora, que no olvidó la misión que se impuso ni aun en medio de los graves cuidados que á la sazón la atormentaban: diversas obras concernientes al ramo y á la Beneficencia en general; instrumentos preciosos, maniqués, piezas artificiales para la instrucción de las parteras, vajilla, utensilios, ropa, etc., etc., todo esto fué entregado fielmente el día 22 de Junio de 1867 á Don Francisco Moncada, quien substituyó á Don José López en la administración, por nombramiento de la Sra. Doña Luciana Arrazola de Baz, que á ruego del Sr. Villanueva, tomó á su cargo la protección de la casa en los primeros días que siguieron á la caída del Imperio.

El nombramiento del Sr. Moncada fué aprobado más tarde por acuerdo del Ayuntamiento, en cuyas arcas entregó el Sr. López tres mil pesos (\$3,000 00), que tenía en su poder destinados al sostén del establecimiento. El Sr. Profesor Don José Ferrer Espejo fué substituído asimismo en su carácter de Director de la Casa de Maternidad por el Sr. Dr. Don Ramón Pacheco.

Como al fundarse la Casa de Maternidad desearan las personas que tenían á su cargo el cuidado de vigilarla, que siempre estuviesen al frente de Establecimiento tan importante bajos todos respectos, individuos idóneos y honorables, lograron persuadir de esa conveniencia á la misma ilustre fundadora, quien promovió adjudicar desde luego por oposición el cargo de Director. La Escuela N. de Medicina recibió la comisión especial de llevar á cabo el pensamiento con las formalidades acostumbradas en este género de funciones literarias, y hecha la Convocatoria respectiva, se inscribió el Sr. Profesor Don Aniceto Ortega, que tenía una predilección muy señalada por el ramo de los partos.

Verificado el concurso en Mayo de 1866, el laudo del Jurado favoreció por unanimidad al único candidato que sustentara el acto. De este mo-

do quedó investido con el carácter de Director de la Maternidad el Sr. Don Aniceto Ortega, habiéndose sentado al propio tiempo el precedente saludable de que en lo sucesivo sólo se llegaría á ese puesto previa oposición *ad hoc* sostenida en la Escuela N. de Medicina. El Sr. Ortega tuvo que ausentarse de la capital en aquellos días, y la Dirección de la Maternidad quedó confiada, como ya se ha dicho, á las expertas manos del Sr. Dr. Espejo.

El Gobierno imperial de Maximiliano tocaba ya á su término; los trastornos políticos acaecidos entonces, complicaron la situación pública de un modo alarmante y precipitaron su caída. Hasta Junio de 1867 en que se restauró la República, permaneció al frente de la Maternidad el Sr. Espejo. Dicho queda ya cómo fué sustituido por el Dr. Don Ramón Pacheco, á pesar de que el llamado por derecho adquirido en la posición referida fué el Dr. Ortega. En el nuevo orden de cosas que trajo la restauración, se dijo entonces que este derecho sagrado era subrogable é insubsistente por virtud de reconocer un origen espurio, el haber sido otorgado durante el Imperio de Maximiliano.

Gracias á los empeños del Sr. Don Ignacio Durán, Director á la sazón de la Escuela N. de Medicina, que creyó conveniente y necesario mantener unida con ésta á la Casa de Maternidad, se logró que el Sr. Ortega volviera á este último establecimiento. Pero volvió con el carácter de Profesor de la Clínica de Obstetricia únicamente, subsistiendo siempre de Director de la Casa por nombramiento municipal el Sr. Pacheco. Así fué cómo en el año de 1867 se inauguró la cátedra de Clínica Obstetrical de la Escuela N. de Medicina, viniendo á servirla como Profesor el hábil cuanto inteligente Dr. Ortega. La oposición que en Mayo de 1866 sustentara para optar al cargo de Director de la Maternidad fué considerada suficiente para incorporarlo al gremio de Profesores de la Escuela.

Poco tiempo después volvió á ausentarse de nuevo de la capital el Sr. Ortega, y suspensa la enseñanza clínica con tal motivo, *de motu proprio*, el Director de la Maternidad, Sr. Pacheco, dió algunas lecciones á los alumnos. En tal virtud se creyó necesario abrir el concurso para proveer la vacante de Profesor adjunto de ese ramo en la Escuela N. de Medicina, y verificada la oposición en los días 11 y 12 de Febrero de 1869, el juicio del Jurado calificador designó al Dr. Rodríguez para ocupar aquel honroso puesto. En este concurso se inscribieron como candidatos y sostuvieron el acto literario, además del Dr. Rodríguez, los Dres. D. Francisco de S. Menocal y Don Ramón Pacheco.

La tesis sostenida por el Dr. Rodríguez en esta oportunidad lleva por título: "*Breves apuntes sobre la Obstetricia en México,*" y en ella se hace una cabal reseña así del estado que guardaba antaño tan importante ramo de la Medicina, como de los progresos que después realizara hasta llegar á la época en que se inauguró la Clínica Obstetricial.

Azas curiosos é interesantes por demás nos parecen algunos datos, y por eso mismo no podemos resistir á la tentación de transcribir aquí lo que sigue:

"El arte de los partos parece que antiguamente infamaba hasta cierto punto á las personas que lo ejercían, y por esto mismo se veía relegado entre *mujeres incapaces, tenedores y ayudantes*, personas sin educación, sin estudios, y tal vez sin moralidad, que como es natural suponían no sólo impedían que el arte progresara, sino que lo degradaban y lo corrompían haciéndolo aborrecible por lo mismo"..... "Cuando por primera vez figuraron en el cuadro de los parteros algunos médicos formados en la escuela empírica de aquella época, hombres de genio creador que, andando un camino escabroso, sacaron de la nada el arte oculto entre las tinieblas del atraso universal, resolviéndose á llevar el sambenito que el público y aun los médicos de entonces hacían vestir á los parteros, la ciencia dió un gran paso, el primero en la senda del progreso; por eso quiero recordar aquí sus nombres. Don Francisco Montes de Oca, Don Miguel Muñoz, Don Ignacio Flores y Don Antonio Orozco, tuvieron el indisputable mérito de luchar contra las estúpidas preocupaciones de su tiempo, y la fortuna premió el heroísmo de algunos llenándolos de bienes y dándoles un lugar distinguido en los fastos de nuestra historia médica, por ese sólo hecho, supuesto que ellos tampoco dejaron nada escrito acerca de su práctica. La tradición me cuenta que de esas personas las más solicitadas, sobre todo para los partos difíciles, fueron los Sres. Montes de Oca y Muñoz, médicos por genio más bien que por estudio; pero que lo tenían tanto que se sobrepusieron á los titulados de principios de este siglo, figurando el primero como partero de la Emperatriz Doña Ana María de Iturbide".... "A los ya mencionados sucedieron otros á cuyo lado hizo sus estudios prácticos por los años de 1827 á 1829 mi distinguido maestro el Sr. Río de la Loza, quien con esa franqueza que constituye la probidad del verdadero sabio, confiesa que no tenían más conocimientos que la rutina de entonces. Se distinguieron Don Agustín Arellano, Don José Bécerril, Don José Salvatierra, Don José Loaces, y algunos otros." "Llega por fin el año de 1833, de venturoso recuerdo para nuestra Escuela de Medicina....

“Se funda entonces el *Establecimiento de Ciencias Médicas*, encargándose la cátedra de Obstetricia al Dr. Villette, y sirviéndola después los Sres. Don Pedro del Villar y Don Ignacio Torres. El primer libro que sirvió de texto para las lecciones fué la obra de Hatin. Fué nombrado con ese mismo objeto el Sr. Don Ignacio Durán, á quien se le encomendó, cuando hizo su viaje á Europa, que se dedicara al estudio del ramo con el fin de que á su regreso él diera las lecciones de Obstetricia”.....

El Establecimiento de Ciencias Médicas estuvo á punto de naufragar el año de 1834, y habría desaparecido por completo á no ser la generosa abnegación de los catedráticos de entonces, que, expulsados del antiguo ex-Convento de Betlemitas (lugar que el Gobierno había cedido al Establecimiento) á mocion del Senador Lope Vergara, digno de la execración universal, excitaron á los alumnos á seguir sus cursos, concurriendo al efecto á las casas de sus respectivos maestros. Esta nueva generación fué la que á costa de mil esfuerzos y de sacrificios sin cuento, vino á conseguir fundar de una manera definitiva la Escuela N. de Medicina.

Llega el año de 1842, y el Ministerio de Justicia é Instrucción Pública expide el Reglamento de enseñanza y policía médicas, previniendo que el catedrático de Obstetricia se encargase de la Clínica del mismo ramo con la obligación de dar dos cursos anuales, uno á los alumnos médicos y otro á las mujeres que se dedicaran al arte de los partos.

“Don José Terán fué quien dió primero la cátedra de Obstetricia en la Escuela de Medicina propiamente dicha. A este señor sucedieron después los Profs. Espejo, Torres y Martínez del Río, quienes hicieron todo lo posible para vulgarizar los conocimientos de hoy en el difícil ramo de que me ocupo. Pero los esfuerzos que estos dignos maestros hicieron en su tiempo para formar de sus discípulos prácticos experimentados, se han estrellado contra un escollo invencible: la falta de una Clínica especial. Yo recuerdo que en la época en que concluí mis estudios profesionales salí de esta Escuela creyéndome bastante diestro, supuestas las luces que mi maestro el Sr. Espejo me comunicara, y mi práctica me desengañó dolorosamente: ella me persuadió de que me faltaba mucho para poderme llamar partero. Y lo que pasó conmigo pasó también á mis condiscípulos, y siguió pasando á los jóvenes que nos sucedieron hasta el año de 1867, en que el vacío fué llenado abriéndose la Clínica en la Casa de Maternidad, de la cual fué encargado, previa lucida oposición, nuestro hábil compañero y distinguido amigo Don Aniceto Ortega.”

Hasta aquí las importantes noticias tomadas de la tesis apuntada.

(Continuará).